

EL CORREO DE LEVANTE

DIARIO DE LA TARDE

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Plaza de Cotina (antigua local del Gobierno Civil)

ANUNCIOS A PRECIOS ECONÓMICOS

MURCIA 2 DE MAYO DE 1902

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En Murcia, un mes. pesetas 1

Fuera, trimestre. 3

Num. 934

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

Un discurso de Moret

El telégrafo ha dado breve idea del discurso pronunciado en Zaragoza por el ilustre exministro liberal Sr. Moret. El «Heraldo de Aragón», inserta íntegro este discurso, que por su importancia merece ser conocido. A continuación reproducimos lo más importante:

«Veinte mil electores tiene el censo de Zaragoza y más de 12.000 suman los pueblos de la circunscripción. Y como cada elector emite dos votos, resultan más de 64.000 sufragios. A 12.000 ascenden los dados ayer en Zaragoza. ¿Dónde están los que faltan hasta los 40.000 de la ciudad? ¿Con qué derecho se quejarán después los que censuran a los políticos, si no saben defenderse a sí propios?»

Yo propuse, ya en 1883 la reorganización de la vida municipal. El señor Maura dijo en Sevilla hace cuatro años que sin municipio no habrá patria; el año último ofreció a las clases directoras en el proyecto de ley de reforma municipal los medios para gobernar y dirigir la vida local, el modo práctico de reorganizar los servicios de Instrucción y de Obras públicas, de higiene y hasta de resolver por la acción de los municipios el problema agrario.

Todos se mostraron conformes con la idea que la informaba; no hubo quien hiciese a ella reparo serio; sus disposiciones respondían en gran parte a los procedimientos del propio Costa, y sin embargo nadie me ayudó a sacarla del Parlamento; de parte alguna vino apoyo y deseo de realizarla; apenas si hoy se recuerda.

Pero eso y otras muchas cosas no significan nada; los derechos individuales, la libertad de la prensa, el sufragio universal y su gran consecuencia, que es la evolución pacífica hacia el progreso, eso no vale nada, es preciso un sacudimiento, una revolución, por más que el país se pregunta: ¿dónde están los revolucionarios? ¿Cuáles son sus planes y sus medios misteriosos de cambiar las condiciones del pueblo español? ¿Por qué procedimientos desconocidos, todas las clases industriales, obreras, mercantiles, propietarias y contribuyentes van a encontrar satisfacción a sus aspiraciones? Mañana, si no hoy, se quejarán y protestarán, pero no harán cosa alguna para lograr lo que piden.»

He aquí la enumeración de los males que originan nuestro atraso:

«Primero, el atraso intelectual de la nación; segundo, el estado lastimoso de la Administración provincial y municipal; tercero, la incapacidad de la administración central para cumplir sus funciones; cuarto, los malos presupuestos; quinto, la carestía de los artículos de primera necesidad que hacen difícil la vida y casi imposible el ahorro; sexto, la situación incierta de los fondos públicos; séptimo, la falta de medios e instituciones de crédito para regenerar la riqueza agraria; octavo, la pérdida en el cambio internacional. Quid a Maura, a Silvela, a Llorens, a Salmerón, a Costa, a Azcarate; todos convienen en ello: sobre el diagnóstico no hay discrepancia.»

En cuanto a los remedios, su insuficiencia hay que atribuirlos a la insuficiencia de los medios de gobernar, es decir, del poder legislativo y del poder ejecutivo:

«Nuestro Parlamento se reúne apenas cuatro horas cada día; solo las sesiones consagradas a los presupuestos duran seis horas, gracias a las cuales se logra ultimar su discusión. De estas cuatro horas, dos se gastan en preguntas, y solo dos quedan para legislar. En cuanto al trabajo escrito, uno de los grandes medios educadores de los Parlamentarios, no tiene importancia entre nosotros.»

Y como en esto del Parlamento hemos de acudir siempre a nuestros maestros, bueno será que os diga que en Inglaterra los reglamentos de la Cámara se modifican según las exigencias y las necesidades de los tiempos. Cuando Parnell y los 88 diputados irlandeses intentaron por medio de la

obstrucción herir en la entraña al gobierno inglés, todos los elementos gubernamentales de la Cámara se reunieron para discutir y votar en una memorable sesión de setenta horas un reglamento que pone en manos de las mayorías, que son las responsables del gobierno, la eficacia de las discusiones.

En los Estados Unidos se llega a fijar el tiempo que han de durar las materias y las horas que pueden consagrarse a un asunto, y bien sabéis que los asuntos más espinosos en la Cámara francesa nunca duran más de tres sesiones, siendo muy raras las que pasan de una sola. Recordad la gran discusión sobre las Corporaciones religiosas y sobre el proceso Dreyfus. ¿Qué discusión de alguna importancia podría en nuestro Parlamento encerrarse en un espacio de tres sesiones?»

Respecto al poder ejecutivo, recuerda que ya pidió la reforma del Código penal a fin de reprimir la difamación y la ley de seguridad como condición indispensable para el mantenimiento del orden.

Ocupándose de la responsabilidad de la pérdida de las colonias y en la tendencia clerical dice lo siguiente:

«Pero ¿dónde están los actos y los hechos que hacen responsable a la Monarquía de la pérdida de las colonias? Para afirmar esto sería preciso probar que los hombres políticos y los partidos de gobierno han encontrado en la monarquía algún obstáculo para realizar sus propósitos ó que en la opinión pública española se habían formulado soluciones que no han hallado acogida en ella. Porque yo por mí sé decir, y lo dirán cuantos saben algo de política, que España ha tenido siempre, y no han sabido modificarla en los últimos cincuenta años, una política colonial que debía conducir a la ruina, y que esa política ha sido el producto exclusivo de bastardos egoísmos, de la intransigencia ciega de ciertos intereses y de la debilidad de los gobiernos.»

Como hoy los hombres políticos que acusan a la monarquía de la pérdida de nuestras colonias olvidan de manera injustificable los hechos ocurridos, la manera con que España cuando había acudido a transacciones horrosas con colonias de América, fué víctima de una intriga internacional recientemente dada a luz por sus mismos autores, y que llegó hasta el extremo, según acaba de publicar el Times, de haberse ocultado por el presidente Mac Kinley al Senado de los Estados Unidos el telegrama en que la Reina Regente proclamaba el armisticio en Cuba, porque de haber sido conocido, el Senado norteamericano no habría declarado la guerra ante cuya declaración fué ya imposible evitar el choque.

«Y qué decir de la seguridad que se atribuye al desarrollo del espíritu clerical a la Monarquía? ¿Qué pruebas se dan para sostener ese aserto? ¿Es acaso la Manarquía la que ha impulsado a las familias de los hombres más liberales a enviar sus hijos a los colegios de la órdenes religiosas y en especial de los jesuitas?»

«Es la Monarquía quien ha enviado alguno de los generales mas significados de la Revolución a servir esos intereses clericales ó a llevar el palió en la procesión de los conventos? ¿Es la Monarquía la que ha hecho que ministros de todos los matices políticos, sin excluir a los liberales, hayan aprobado, contra el texto del Concordato, el establecimiento de multitud de corporaciones religiosas? Sólo desconociendo los hechos ó queriendo ignorarlos, se pueden afirmar semejantes cosas. Y más peregrino es aún pensar que por el simple cambio de gobierno se va a modificar lo que es producto de nuestra manera de ser, de nuestra naturaleza ingénita. ¿Es que al cambiar de régimen político va a cambiar el espíritu de nuestras mujeres? ¿Es que se va a modificar los hábitos de nuestras familias? ¿Es que se va a sustituir la educación religiosa que la madre española dá a sus hijos, por una laica? ¿Es que se puede soñar siquiera en dar a la moral pública y privada otra sanción religiosa?»

Ante estos recuerdos y estas refle-

xiones, no puede extrañarnos la tranquilidad de espíritu con que asisto a este movimiento republicano.

La forma de gobierno de un país es la exteriorización de sus condiciones.

Quiero decir con todo esto, que las formas de gobierno se determinan para las condiciones propias de cada país y es utópico pretender imponerselas, si no se adaptan a su temperamento, a su Historia, a su Geografía, a sus creencias y a ese modo de ser que en él han dejado las indelebles huella de los siglos. Querer que nuestro pueblo sobrado de tradiciones, pobre de iniciativas, falto de voluntad, sobrado de imaginación, pueda amoldarse a la forma republicana, máquina la mas complicada y difícil de manejar, la mas peligrosa para la libertad, si no se maneja con acierto, es la mas temeraria de las aventuras.

Pobre país, si tal sucediera: tanto valdría condenarle al aniquilamiento de sus ya escasas fuerzas y a la pérdida de toda esperanza en el porvenir. (Grandes aplausos).

FELICES Y TRANQUILOS

Junto al hogar estábamos felices y tranquilos... En su camita blanda dormían nuestros niños como los propios ángeles de bien, de calentitos.

Fuera zumbaba el viento y a los desheredados atormentaba el frío. Como otras veces, a mi buena esposa le dije satisfecho y compasivo: —Los pobres rapazuelos vagabundos en los portales buscarán abrigo,—

En su camita blanda dormían nuestros niños.

Nuestro Dios! Nuestro pan! Nuestros hogares! ¡Nuestras buenas esposas! ¡Nuestros hijos! Siempre lo nuestro, nunca lo de todos... ¡Miserable egoísmo!

Fuera zumbaba el viento, a los desheredados atormentaba el frío ¡y en nuestro hogar estábamos felices y tranquilos!

VICENTE MEDINA.

Quisicosas

¿A qué fines responde la prensa?

No faltará quien diga que yo soy siempre una nota discordante. ¡Tanto mejor! Yo sigo creyendo que esto obedece a que la sociedad es un desconcierto, en el cual la nota afinada resulta la mas discordante. No dirán ustedes que no soy inmodesto.

¿A qué fines responde la prensa?—pregunto yo. Hoy se me ocurre preguntar esto.

¿Sola, y exclusivamente a la información narrada?...

Y de crítica ¿qué?

El mercantilismo que hoy día todo lo invade, al entrar en el campo de acción de la prensa ¡la ha reducido puramente a que nos narre si el Roghi se halla de purga ó si la Princesa ha dado a luz? ¿Hemos de avenirnos a que el telégrafo sea el director y redactor de los periódicos, dejando el resto de las tareas periodísticas al reporter que nos cuente los lazos matrimoniales que prometen audarse, los bautizos, defunciones, heridos, viajes, multados, etc., etc...

¡No tanto modernismo! Menos culto a la información. Esta, indudablemente ocupa un lugar en los periódicos; pero a la narración de ninguna manera se debe consagrar por entero la prensa.

¿Qué haríamos entonces de la crítica? ¿No estamos hartos de oír que la

prensa debe ser expresión fiel de la opinión pública? Y ¿qué quiere decir opinión?

En Murcia, de poco tiempo a esta parte, obedeciendo a causas que ignoro ó que si las conozco no quiero narrar, la prensa ha limitado su esfera de acción a la información, trasnochada casi siempre.

No parece sino que con que un periódico lleve muchas veces inserta la consabida línea *por telégrafo*, tiene más importancia, cumple mejor con su deber.

Y, aparte de que esta frase *por telégrafo* pega a muchas informaciones como a un Santo Cristo un par de pistolas, se me ocurre preguntar ¿es que el público queda satisfecho con que le refiramos lo que ocurre en todas partes? ¿No encontrará con esta práctica la falta de un algo, cuyo algo estamos en el deber de darle?

Seguramente que sí. Declarar lo contrario sería proclamar la imbecilidad del pueblo. La Historia misma para ser completa es preciso que tenga su parte crítica; con mucha más razón la prensa que debe ser expresión fiel de la opinión pública, verbo del común sentir.

Y reconociendo, como es forzoso reconocer, la narración y la crítica como finalidad de la prensa, ¿podemos decir con verdad que en Murcia hay algún periódico?... Y si fuera negativa la contestación que diéramos a esta pregunta ¿hiciéramos a este pueblo la justicia de considerarle culto ¿a qué causas habíamos de atribuir la carencia en Murcia de prensa tal y como la entendemos y es como debe entenderse?...

Esto es ya mucho preguntar. Mejor dicho, contestar a esto también en el presente artículo—de alguna manera he de llamarle,—sería darle una extensión muy superior a la paciencia del lector, partidario, por influencia del modernismo, de las pequeñas dosis.

Epilogo:

Dos noticias: A partir de hoy, «La Verdad» publicará dos ediciones diarias.

En «El Liberal» en Murcia se ha fundido «El Diario», decano de los periódicos de esta localidad.

¿Será posible que el público murciano sea tan ordinario que acuda a comprar el *bifiek* donde con más patatas lo sirven?...

Y que no me tomé nadie en cuenta esta comparación.

PEPE LÁPIZ.

Un cuento diario

El cabo García

El destacamento que guarnecía el fuerte levantado en las inmediaciones del Potrero, no podía ser más reducido.

Quince soldados y un sargento que, teniendo noticias de que considerables fuerzas enemigas acampaban a corta distancia, vigilaban sin tregua ni descanso a fin de evitar una sorpresa.

Crítica era en verdad la situación de aquel puñado de valientes, puesto que, en caso de ser atacados, no hubieran podido recibir por el momento auxilio ni refuerzo alguno.

Para colmo de males y aumento de zozobras, el cabo García había desaparecido la noche anterior y en vano el sargento y los soldados recorrieron en su busca los alrededores del fuerte.

García no pareció y algunos de sus

compañeros rezaron feryorosamente por su alma, no dudando que su cuerpo habría servido a aquellas horas, de verdadera merienda de negros.

Por un moreno muy adicto a España, que prestaba sus servicios en el potrero, supieron nuestros soldados que los insurrectos habían recibido aquella tarde gran cantidad de municiones.

Según el relato del confidente, las cajas de cartuchos y los barriles de pólvora ascendían a un número considerable.

Esto aumentó la preocupación del sargento, si bien la atenuó en parte la noticia de que el enemigo se disponía a abandonar aquellos lugares ante la aproximación de una columna de nuestro Ejército.

Más no por eso se dejó de seguir ejerciendo la más escrupulosa vigilancia.

La desaparición del cabo García les inquietaba, sin que la conversación de los soldados del destacamento acertase a girar sobre otro asunto.

III

Cerró la noche una noche tan tenebrosa y lóbrega, que hubiera sido difícil distinguir un hombre a medio metro de distancia.

Los centinelas, arma al brazo y ojo avizor, escudriñaban hasta donde la situación lo permitía los alrededores del fuerte.

Nadie dormía. Que en medio de guerra el descanso de los soldados es velar.

Mas tampoco se notaba en aquellos hijos de España el menor sintoma de temor.

Conocedores del peligro, estaban dispuestos a cumplir con su deber y a morir luchando como buenos en caso necesario.

El silencio era absoluto. Reinaba una calma imponente y ni la mas leve ráfaga de viento agitaba las hojas de las plantas.

De repente vieron una llamarada que se elevó a muchos metros de altura y oyeron una espantosa detonación, que hizo retumbar el suelo y crujir las maderas de que el fuerte estaba formado.

Momentos después, percibieron el lejano rumor de gritos y lamentos y al parecer de carreras de hombres y caballos.

Empusaron las armas, ocupó cada uno su puesto y esperaron con ánimo sereno y resuelto ademan la acometida del enemigo.

Pero transcurió algún tiempo y no sólo no fueron atacados, sino que volvieron a reinar de nuevo la calma y el silencio.

Entonces se interrogaron los unos a los otros sobre las causas de aquel extraño suceso, que no acertaban a explicarse.

Algunos soldados pretendieron salir del fuerte y recorrer sus alrededores; pero el jefe del destacamento se opuso por temor a una sorpresa.

IV

Lució la aurora, renació la calma y el moreno confidente pudo dar a nuestros soldados noticia del suceso que tanto les preocupara la noche anterior.

El convoy de municiones, recibido por el enemigo, se había incendiado y el jefe insurrecto vengó el desastre aplicando a los encargados de su custodia un ejemplar castigo.

La catástrofe había causado numerosas víctimas y el enemigo, aturdido y amedrentado, había buscado refugio en lo más espeso de la manigua.

Causó la nueva gran alborozo entre los nuestros y cuando más entregados se hallaban a los transportes del júbilo, vieron avanzar por entre la maleza, un hombre ennegrecido, la ropa hecha girones y el paso valiente y a quien al primer golpe de vista reconocieron todos.

Tenían ante su vista al cabo desaparecido que, haciendo alarde de tanta astucia como audacia, había sido el incendiario del convoy.

DANIEL COLLADO.

El Congreso Médico

SESION DE CLAUSURA

Se celebró a las once y media de la mañana en el paraninfo de la Universidad.

Los presidentes se reunieron en sesión secreta, en la que se dió cuenta de que el gobierno portugués había aceptado la celebración en Lisboa del próximo Congreso.

Abierta la sesión pública, el presidente pronunció un breve discurso dando las gracias a todos por la cooperación

